

Book Review: “*Un mundo maravilloso: una mirada a nuestras fracturas*”

Alberto Sánchez Argüello
Psicólogo y escritor nicaragüense
7tojil@gmail.com

Roberto Carlos Pérez. 2017. *Un mundo maravilloso*. Washington, DC: Casasola Editores.

Elsy Lacayo, psicóloga, maestra y mentora, me dijo una vez que la psique humana era como el vidrio delantero de un vehículo: un impacto pequeño podía ocasionar una fractura, que, con el tiempo, podía extender raíces hasta terminar destruyendo toda la mente. Elsy tenía razón. A veces los seres humanos estamos rotos por dentro. Es posible que ni nosotros mismos podamos ver nuestras fracturas.

La narrativa de Roberto Carlos abre un ojo de cerradura hacia esas fracturas y eso lo convierte en un narrador incómodo. Entrar en la ventana de un libro para ver las heridas del mundo, a través de personas rotas que viven tragedias anunciadas, se siente un poco como el tratamiento Ludovico impuesto a Alex De Large en la película *La naranja mecánica*. Roberto Carlos no nos amarra a una camilla, tampoco nos sujeta la cabeza, ni engancha nuestros párpados. Lo que sí hace es engañarnos con una narrativa que nos envuelve despacio, para que podamos ser testigos de la fractura humana desnuda.

Confieso que no me dejé envolver con facilidad por este mundo maravilloso. Luché contra el libro. A treinta años del suicidio de mi tío Benjamín Argüello, el eco de la herida sigue resonando en mi memoria y en mi propia narrativa. Recorrer las ochenta páginas de esta pequeña novela resultó ser un *tour de force* que me permitió reenmarcar la narrativa de mis propias heridas.

La tragedia de Benjamín me llevó por muchos años a tomar distancia con la muerte. Nos encontramos ocasionalmente en funerales que no me causaron mayor emoción; ella siempre ocupada con los cadáveres, yo cumpliendo con alguna exigencia social heredada de mi familia. Se podría decir que nuestra relación había sido de mero compromiso. Ni un gato muy querido—muerto a picotazos por un gallo—me pudo acercar a ella. Hasta que la muerte de mi madre, además de provocarme una hemorragia de cuentos y una novela que me sigue pidiendo que la termine, me hizo tocar mi propia mortalidad.

Cuando tu origen se extingue es como si le cortaran el hilo que une a un astronauta a su nave espacial. Uno queda flotando a la deriva, sin saber si aferrarse a algo o dejarse llevar hacia las nebulosas lejanas.

Pasaron cinco años antes de volver a sentir ese corte, esta vez uno anunciado, mi propio Santiago Nasar, perseguido desde adentro por células que decidieron apagar su cerebro lentamente. Hablo de Germán Pomares, un gigante que me convenció que lo mío era escribir y que siempre abrió sus brazos para quienes lo necesitaban. En la siguiente vuelta al sol lo acompañaría otro coloso, uno que cayó repentinamente, sin mayores preámbulos ni preparativos. Ulises Juárez Polanco dejó desolados los puentes y carreteras que había construido entre escritores y escritoras del istmo, y a mí me tocó verlo partir tan de cerca como es posible.

En abril del 2018 esa cercanía nos llegó a todos. Desde entonces, el país entero es un camposanto que se ha quedado sin voz por gritar tantos nombres. El día de los muertos las noticias nos trajeron un hombre que por pintar de azul y blanco una tumba se lo llevaron y otro que quiso correr en nombre de los muertos y se volvieron a llevar. A veces parece que somos personajes de una novela negra, habitantes fracturados de una pesadilla esperando despertar.

Mi tío Benjamín vivió antes que nosotros el infierno de las balas. Su fractura tal vez comenzó en ese horror inefable que llamamos guerra, mientras buscaba campos minados dejados por la contra; la fractura de F. en *Un mundo maravilloso* tal vez comenzó en el horror tras puertas cerradas del mal llamado hogar, mientras su madre adoptiva lo torturaba.

La carga pesada y oscura de F. me recuerda a Harry Haller en el *Lobo estepario* de Hesse. Ambos personajes están consumidos por ese tipo de soledad que devora cualquier atisbo de alegría. Sin embargo, a diferencia de Haller, que entra al “teatro mágico” de su vida para resignificar sus memorias y seguir vivo, F. recorre el pasado de su existencia fragmentada, sólo para confirmar una decisión ya tomada. Al final, somos lo que recordamos.

Un mundo maravilloso nos coloca frente a F. y su realidad, sin adornos, sin excusas. Sería muy fácil catalogar al personaje de depresivo y arrojar una serie de etiquetas clínicas que nos permitan entender el final anunciado, pero sólo sería el reflejo de la necesidad que sufrimos los que hemos perdido: nos toca dar forma a la tragedia, nos toca reparar la vida misma.

¿Podemos cambiar lo que fuimos? ¿Podemos cambiar lo que somos?

Un mundo maravilloso nos recuerda que cada ser humano es único y excepcional. El delicado recorrido de sus historias, la narrativa que ha construido de sí mismo, las experiencias hilvanadas en infinitos gestos y conversaciones, sus fracturas desconocidas. Parafraseando al Talmud: al perderse una vida, se pierde un universo